

NO HAY NI MUJERES SIN HOMBRES NI HOMBRES SIN MUJERES

Esta es una historia que un día alguien me contó igual que hoy os la cuento yo. Pero no es una historia cualquiera. Narra una forma de vida, una perspectiva desde la que el mundo era más bello, un trato que realmente puede hacer del mundo un hogar...

Era muy joven y por supuesto no tan ajado como ahora. Las mañanas eran claras y tranquilas, las tardes apacibles, las noches; oscuras y quietas. Yo veía las cosas de una manera muy diferente a como lo hago ahora, con la lente de los años, de la experiencia y el saber.

Mis padres no dejaban de cuchichear sobre un tema que yo desconocía día y noche. Yo sin embargo, preferí no darle mayor importancia e irme a trabajar temprano. Antes de que el sol se alzara en lo alto del cielo ya estaba con la hoz en la mano, el cereal en el zurrón y el sudor en la frente. Alcé la vista y contemplé, asombrado, como una muchacha se acercaba a mí, realizando el mismo trabajo que yo. -¿Cómo es esto posible, Dios mío? ¿A la altura de una mujer, la sombra del hombre, destinada tan sólo a servirle a él a a su familia? ¡Qué desvergüenza!

La mujer me miró haciendo un gesto de negación con la cabeza, como si fuese yo un demente al que nadie escucha.

-¿Pero se puede saber qué está haciendo usted, muchacha? ¡Ya no sólo se burla de todos los honrados y buenos hombres de Dios que por aquí trabajamos, sino que además anda protestando! ¡Váyase a su casa, improductiva y dependiente mujer!

A la joven se le cambió la cara: parecía como si una espada le hubiese atravesado pero no tuviera ni voz para quejarse. Mientras tanto, yo seguía con lo mío, no me había ni inmutado de la reacción que había provocado en aquella bella moza.

Los días pasaron y mientras mis padres seguían hablando de quién sabía qué. La muchacha venía todos los días al trabajo. Al parecer no le importó mucho todo lo que los hombres le reprochábamos. Ella seguía indiferente, con la misma expresión de calma y paz en su luminosa mirada. A pesar de no ser la mujer más bella de la zona, la gracia y alegría de su rostro pronto lograron llamar mi atención. Por aquel entonces tendría sobre unos dieciséis años, y aunque fuese hace mucho tiempo, yo también fui adolescente. Cada vez aquella sensación se hacía más y más intensa. Quería hablar con ella, mirar sus ojos directamente, estar a su lado... Aquella misma tarde lo intenté. -¡Ana! - Dije. En ese momento se giró y realmente sentí esa especie de presión fría apoderándose de mi pecho. Logré articular palabra torpemente.

- Lamento lo del otro día, realmente está muy capacitada para este trabajo.

-No se preocupe, no ha sido el único en reprocharme que soy una mujer. No importa en absoluto. Hasta mañana.

Me quedé con un sabor agridulce. Por un lado, había hablado con ella, pero por otro me hubiera gustado que hubiese sido por más tiempo y que no me hubiera contestado con esa rapidez. Además, no me había gustado como traté a Ana. Aquello complicaría bastante eso de acercarme a ella, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Al día siguiente, sobre el mediodía, se escucharon unos incensantes piales que provenían de debajo de una encina. Observé a Ana acercarse mientras se cercioraba de que nadie

que pudiese delatarle de que paraba de trabajar la mirase. Yo aproveché y fui con ella, a ver que sucedía: dos pajarillos se habían caído del nido. Le dije a Ana que iba a llevarlos a otro sitio para que no le estorbaran con su piar.

-¡No! - Gritó- Si los dejas lejos del nido, tendrán todavía menos posibilidades de sobrevivir.

-¡Anda ya mujer, si son sólo pájaros!

-La naturaleza es la hermana de la mujer, pues sus trabajos se entienden como improductivos y su única función la de producir y reproducir vida. He por tanto, de cuidar de mi hermana y madre. Mejor dejamos a los polluelos aquí y si no vemos a su madre me los llevaré a casa.

Sinceramente, me quedé a cuadros, no había entendido nada. Aun así, decidí darle la razón. Seguí con mi trabajo hasta que el sol estaba empezando a esconderse, un poco antes de lo habitual, pues se celebraba el cumpleaños de la hija del terrateniente de la zona, Martín de Herrera, y habría una fiesta en su honor en la plaza del pueblo.

Me arreglé para la ocasión y salí al anochecer. El ambiente festivo se podía respirar desde que salí por la puerta. Aquello parecía una aldea distinta. En la plaza empecé a charlar con unos amigos, hasta que todo el mundo calló. De repente, no había ojos mirando hacia otra persona que no fuera Ana, quién venía acompañada de sus padres, no demasiado jóvenes, honestamente.

Ana llevaba un vestido azul oscuro por la rodilla con una elegante chaqueta a juego. Llevaba el pelo recogido en un moño no muy apretado, la cara maquillada y los labios de color rojo. Pero eso no fue lo más impactante, su madre iba, aunque menos maquillada, con pantalones. Era la primera vez en la vida que veía algo así, y creo que al resto de los allí presentes les ocurrió lo mismo, aunque su reacción no fue muy buena: no hubo nada desagradable que quedara por llamar a la familia, en especial a las dos mujeres.

Yo le pedí a Ana que se quedara, pues iba con sus padres a la casa de unos amigos de Francia en la aldea vecina. Sus padres le avisaron de que tenía que darse prisa, y antes de irse me dijo en un tono más bajo y suave con el que hablaba normalmente que la esperara en el puente que ella cruzaría para volver de la aldea de al lado. Así lo hice.

Volvieron bien entrada la noche. Mientras el carro se paraba escuche a Ana y sus padres hablar otra lengua que no supe identificar. Se bajó y se despidió de sus padres, que le devolvieron una amplia sonrisa, algo que realmente me sorprendió. Ana y yo hablamos tranquilamente mientras recorríamos las ya silenciosas calles. Realmente no sabía que pasaba con esa muchacha, ni a dónde me quería llevar ni que era lo que sentía por ella. Tan sólo era capaz de sonreír y de articular alguna palabra cuando no estaba perdido en sus castaños, profundos y brillantes ojos, o en su sonrisa, o en la gracia de su movimientos... O en ella misma.

Pronto llegamos al portón de una pequeña casa, adornado con algunas flores entre las que destacaban las llamativas buganvillas. En ese momento deseé volver para evitar la vergüenza que habría de pasar si Ana si realmente quería que nos quedáramos hablando con sus padres. De todas formas entramos al fin. La casa parecía bien cuidada, y era pequeña y acogedora. Alrededor de la mesa estaban los padres de Ana y los que supuse que serían sus invitados. Nos ofrecieron algo de comer, y más tarde fuimos al patio, situado de tal manera que nadie diría que había uno allí. Era un lugar distinto, era tranquilo y el ambiente era relajado, rebotante de paz. En su centro había un pozo de piedras de color gris claro, y al igual que en la entrada, abundaban las flores.

Ana me llevó a un extremo, donde había una fuente en la pared, y a su lado, en un cesto

con trapos viejos, los dos pajarillos que habíamos visto hoy. Realmente me los esperaba allí, y seguía sin entender el para qué de dedicarles tanta atención y cuidados a unos simples polluelos, a pesar de que Ana ya me lo había explicado en el trabajo. Empezó a hablar.

-Sé que no lo entiendes, mas no me extraña habiendo crecido en una sociedad patriarcal, antropocéntrica y consecuentemente androcéntrica. Una sociedad basada en el dominio. Dominio hacia la naturaleza, hacia otro ser humano y hacia las mujeres. Yo nací en Francia. Mi madre era periodista allí, además de luchadora por la igualdad hacia la mujer. Y están consiguiendo, poco a poco, que se les reconozca a la altura del hombre y que sean parte de la sociedad. Aquí, sin embargo, todavía no se ha empezado a producir ese cambio. Mi madre de hecho ha de firmar bajo el nombre de un hombre porque de no ser así nadie quería sus artículos.

-¿Me estás diciendo que en Francia todas las mujeres son como tú, que ninguna se encarga al menos de su marido? ¡Eso no puede ser, desde siempre los hombres trabajaron porque son más fuertes, y las mujeres, más delicadas que el tallo de una amapola se quedan en casa porque si no... si no.. se cansan, y además nadie cuidaría del hombre si no para que pueda seguir trabajando! Tú y tu madre sois fuertes, pero las otras mujeres no son así...

-¡Ay, ay ay! Es cierto que los hombres sois más robustos, pero hasta que no les dejéis enseñar a vuestras mujeres su fuerza, no sabréis si la tienen o no. Además, ¿de qué valen tanto la fuerza, como la inteligencia o incluso el poder, si no son correctamente utilizados? Todavía más, ¿de qué valen si son utilizados en vuestra propia contra?

-No estamos utilizando nuestra fuerza en nuestra contra, cuando lo único que hacemos es conocer el mundo, nombrarlo y regresar a casa, mientras las mujeres ven el mundo que nosotros nombramos se hacen y son de él y se dedican a vivir en solidaridad.

-Para vosotros llamar al mundo es destruirlo, arrancancarle y prohibirle sus riquezas tanto en oro como en sabiduría. Conocer el mundo para vosotros es planear el siguiente asalto que vais a hacer, localizar un punto en el que podáis creer ser más grandes que los demás, cuando tan sólo sois vosotros los que estáis mirando desde arriba. Querer y respetar a vuestras mujeres es lanzarle una mirada colonizadora e intentar conquistarla como si de tierras se tratasen. Para ver el mundo, hay que observarlo desde la orilla, no desde la cresta de la ola, porque aunque ésta ofrezca mejores vistas, se desvanecerá dejando hundirse a todo lo que esté sobre ella.

La charla fue discurrendo hasta cambiar de tema a uno en el que nuestras opiniones no fueran tan opuestas. Pronto tuve que irme, a pesar de mi poco entusiasmo por ello. Al llegar a casa estuve pensando en toda esa charla que tuve con Ana. Sonaba extraño, pero sonaba bien. Parecía algo muy inocente, algo que podría pensar un chiquillo de unos ocho ó nueve años, pero, ¿y si todos fuésemos como niños pequeños? ¿No es cierto que habría menos maldad, más confianza hacia los demás y al final acabaríamos siendo un poquito más felices? ¿No sería todo más igualitario, e incluso más justo? Gracias a Ana estaba descubriendo muchas verdades que parecían locuras hasta ahora. También gracias a ella estaba descubriendo esa sensación de la que tantos hablan, pero que hoy en día pocos conocen: el verdadero amor. Un amor respetuoso, en el que cada uno mostráramos nuestras diferencias y aprendíamos de ellas. Un amor por el que anteponer la otra persona a ti aunque sepas que tú eres más merecedor de lo que se te ofrece. Un amor sin palabras que lo describan. Tan sólo y tanto como eso: amor. Y me sentía afortunado por haberlo encontrado: Ana me contó que su tía había prometido a su hija con

un joven al que apenas conocía.

Durante los días siguientes pude ir de nuevo a la casa de Ana varias veces. Nos encantaba cuidar a los polluelos que rescató de la encina y ver como crecían, mientras me contaba cosas sobre su familia. Resultó que los franceses que estaban de invitados eran parientes suyos y que además eran los señores de varias tierras por todo el país galo. En la aldea no lo habíamos notado ya que eran muy austeros al estar a favor de la corriente de pensamiento que se estaba dando en Francia. Aparte de lo que me contó mi nueva amada, no sólo estaban a favor de la igualdad entre hombres y mujeres, sino que los ricos ayudaban a los pobres: se estaban empezando a construir escuelas, a curar a los enfermos si contaban con los conocimientos necesarios e incluso se vacunaban a bebés y niños.

Cuando se acabaron los festejos, empezamos otra vez, aunque desgánadamente, a ir al trabajo. Teníamos que mantener nuestro romance en secreto, pues las únicas personas que lo sabían eran los padres de Ana, que lo aceptaron desde el primer momento sin ningún problema. ¡Y pensar que un hombre no podía querer a una mujer y que ésta no le aportaría nada! ¡Qué necio era! Se me hacía difícil pasar todo un día sin poder hablarle, sin ni siquiera poder mirarla. No mirar sus ojos, ni su pelo, ni su cara, que aunque hermosos nada tenían que hacer junto a ella en sí misma. Era ella a la que yo quería. Entera, con su fuerte pero sensible carácter, con todas las dificultades que estaba dispuesta a afrontar no sólo por ella, sino por todas las mujeres y en general por todas las personas. La quería y la amaba; como persona y como mujer. Tan sólo deseaba ir hacia ella y abrazarla, dejarla caer entre mis brazos y entonces olvidarme del mundo y notar sus labios besando los míos, como la última tarde que estuve en su casa. Sentí la vida en mí, mi corazón latiendo, mi pecho respirando hondo... Eso y más es lo que le puede dar una mujer a un hombre, y un hombre a una mujer. Ambos se necesitan, además de manera mutua: no habría hombres sin mujeres ni habría mujeres sin hombres.

Todo parecía ir perfecto: a pesar de las misteriosas charlas entre mis padres, el trabajo y mi relación con Ana iban sobre ruedas. Pero, un rojizo atardecer de octubre todo se nubló. Acababa de llegar del trabajo a casa de mi ya por aque entonces prometida; aunque nadie sabía que ni siquiera si nos dirigíamos la palabra. Teníamos pensado mudarnos a Francia la segunda semana de noviembre y casarnos allí, mas lo planes se torcieron. Gracias a los padres de Ana allí presentes, supe que las charlas entre mis padres se debían a que estaban negociando el casamiento con una mujer que yo ni conocía, pero además resultó se la prima de Ana. Supuestamente, lo que pasó fue que los invitados de mi prometida se enteraron también de lo que había entre Ana y yo, y la noticia llegó hasta los oídos de la tía de mi querida, la que supuestamente iba a ser la madre de mi esposa, que entró en cólera y se puso en contacto con mis padres. Ciertamente yo también me enfadé con ellos después de llamarle a Ana todo lo que se les vino por la cabeza por lo mismo por lo que yo lo hubiera hecho varios meses antes: por ser una mujer que quiere el mando de su vida. ¡Cómo dolía ahora aquella injusticia! ¡Qué ignorantes los que desconozcan el poder de la unión de un hombre y una mujer como iguales!

Tanto Ana como yo nos negamos en rotundo a renunciar el uno al otro, pero nuestras familias se empeñaron en distanciarnos y en decidir con quién nos casábamos. Y no estaban dispuestos a rendirse. Por desgracia, Ana había formado un grupo de mujeres para luchar por sus derechos, y eso no le gustó a Martín de Herrera, que, además del terrateniente de la zona, también era el mandamás de casi toda la comarca. Ya eran tres bandos los que nos querían ver a Ana y a mí separados: mis padres, su tía, y Martín de Herrera.

A la mañana siguiente, Ana no se presentó en el trabajo. Pedí que por favor me dejaran irme, que no me encontraba bien. En cuanto ya no estaba a la vista de mis compañeros, salí corriendo a la casa de mi prometida. Cuando llegué ya era tarde: sus padres la habían visto por última vez antes de que partiera hacia el donde nunca llegó. La buscamos por todo el pueblo, pero nada. Sólo su recuerdo vagando por aquellas calles en un feliz tiempo en el que estábamos juntos...

Mi abuelo me había contado muchas historias, y aunque encontré divertidas muchas de ellas, esta era especial. Tenía mi edad, pero hace casi un siglo. Todo era distinto. Todo menos el respeto que hombre y mujer se han de profesar.

A pesar de haber sido el perdedor de aquella batalla, siempre me recordaba que gracias a todo lo que aprendió gracias a Ana le ayudó a ser y a hacer feliz a su prima, Irene, quién también se vio obligada a casarse, y quien, a la fuerza fue su esposa.

Hoy iré con ellos a cuidar de los polluelos del árbol en el patio de la casa de Ana. Los descendientes de los que recogió, y el recuerdo de que aquel amor igualitario sigue dando vida y paz a los que alguna vez lo han dado, y por consecuente, recibido.